

Editorial

El movimiento suena. *Ritmo, armonía y melodía.*

A menudo lo que distingue a un buen bailarín o a un buen músico en el escenario es su habilidad para entenderse con estas tres ninfas, irremediamente bellas pero escurridizas como el musgo.

De ahí se deduce que probablemente sea la composición la única capaz de mediar entre ellas, de hermanarlas y conseguir que se entiendan en sus lenguas distintas. Esta es la labor indispensable a la que cualquier artista con inquietud creadora entrega por completo su vida artística, así sea en lo musical o, si aludimos al ámbito de lo dancístico, en la coreografía.

La danza y la música están vinculadas entre sí; se retroalimentan y engrandecen mutuamente. El sonido y el movimiento son una pareja bien avenida que resuena incluso en el más riguroso silencio. Y es justo ahí donde comienza el proceso creativo en el cual la inspiración sale de su letargo impaciente y encuentra su propio latido. Se hace carne.

Como compositora, considero un privilegio cada vez que encuentro la oportunidad de hacer sonar a través de la flauta los pasos de un buen intérprete, pero debo confesar que esto es más probable que ocurra si dicho bailarín es además un excelente coreógrafo que otorgue a la música la misma importancia que a su movimiento y que haya dedicado una parte importante de su ciclo formativo al desarrollo del oído musical.

Cuando el encuentro sucede, pareciera que dicha inspiración surgiera de un lugar inexplorado, que viniera a nosotros sin necesidad de buscarla, como si la misma Euterpe, musa de la música y también intérprete de un instrumento aerófono, nos susurrara de forma divina la sonoridad adecuada.

El movimiento suena.

La musicalidad y la fluidez se convierten en una pareja indisoluble y, al unirse, facilitan que el público pueda comprender y deleitarse en su propia imaginación, quizás por el simple hecho de disfrutarlo en sí, o tal vez para poder reflexionar sobre lo que hemos querido transmitirle.

En mi caso, la diosa Fortuna me sonríe al convivir con un ejemplo inmejorable de ello, el reconocido bailarín y coreógrafo Mariano Cruceta. Su escritura coreútica es exquisitamente compleja y contiene siempre un elaborado desarrollo rítmico que permite y facilita al compositor la incorporación de lo sonoro.

Creo que es bueno reconocer que habitamos un lugar privilegiado para desarrollar dicha relación, pues somos un país que culturalmente baila, canta o toca en cuanto la ocasión lo merece. Nuestro folklore inunda pueblos y ciudades. Su variedad y riqueza rítmica, armónica y melódica es más que reseñable y, en concreto, el flamenco, que quizás es nuestro género folklórico más difundido en el ámbito nacional e internacional, lo es más aún; pues ofrece en lo creativo un desarrollo que, respetando sus raíces, es infinito en sus posibilidades.

La flauta travesera se ha convertido en los últimos años en un ejemplo de la creatividad y los caminos inexplorados que al flamenco, arte ancestral, le quedan por transitar.



Como la danza de esta disciplina, el acompañamiento de la flauta imprime carácter, resalta su belleza y, en ocasiones, doblega la fuerza de los tacones titanes con su dulzura innata.

Contamos con representantes de máximo nivel en este género como Jorge Pardo, que fue el precursor y quien la introdujo en él, o como Juan Parrilla, mi Maestro, gran intérprete y también compositor, al que agradeceré siempre que supiera ver, junto a mi profesor de flauta y excelente pedagogo Antonio Pérez, un talento innato en mí para la creatividad y la composición musical.

Necesitamos cada vez más al artista polímata. Da Vincis contemporáneos que sean capaces de alcanzar el más alto nivel en cualesquiera de sus especializaciones artísticas, pero que no pierdan de vista los elixires del resto de disciplinas artísticas con las que pueden complementarse, evolucionar y enriquecerse.

Quizás hoy esté en desuso, pero resulta muy necesario en la simbiosis entre música y movimiento, una relación que creo que existe desde el principio de nuestra existencia. Dicho de forma más clara, no creo que pudiera componer ni interpretar de la forma en la que lo hago si no me nutriera para ello del estudio y la comunicación con otras artes, en particular la danza.

Así lo vivo en primera persona. Para mis composiciones, interpretaciones e incluso para mi forma de educar a los más pequeños me valgo, entre otros, del flamenco, el jazz y el folklore manchego, tan innato en mí como mi forma de hablar. Por ejemplo, la obra Cachoeira, que compuse para flauta sola y está basada en unos tangos flamencos, se está utilizando en los conservatorios de música como repertorio, ya que permite trabajar a la vez conceptos tan importantes como la interiorización del ritmo a través de la percusión corporal y la prosodia, la iniciación a la expresión melódica propia del género, el trabajo de las técnicas extendidas, etc. Esto nos sirve, a mí y a los otros docentes que la utilizan, para motivar a los más jóvenes y captar su atención de forma innovadora.

Es así como la creatividad brota como una fuente inagotable. Su origen es el conocimiento. Nosotros, los artistas, debemos formarnos, investigar y profundizar en nuestro propio lenguaje, pero también al gran artista el lenguaje de los demás no puede resultar ajeno.

No tenemos excusa y partimos con ventaja, pues el arte es un idioma universal.

Gloria Solera, Compositora y frautista